

## Capítulo 2

### *La isla Lumia*

Treinta y tres años. Sonia había visto la isla Lumia por primera vez treinta y tres años antes, justo después de su duodécimo cumpleaños.

Ayudada en la valla de protección de la carretera, todavía un poco mareada, siguió con la vista la línea de costa. Lejos, muchos kilómetros más adelante, le pareció ver una isla, pequeña y con una construcción recta que buscaba el cielo.

– Mira papá, ¿aquello no es la isla con el faro?

Daniel usó la mano derecha como visera y miró en la dirección donde apuntaba el dedo de su hija.

– Es cierto, es la isla. ¿Lo ves?, ya estamos llegando.

Sonia estudió el trazado de la carretera, que aparecía y desaparecía siguiendo el perfil de los barrancos. El lugar era hermoso, con altas laderas de piedra blanca que se abalanzaban sobre el océano, salpicadas de arbustos, olivos y pinos. Era la carretera lo que resultaba insufrible, con su interminable cantidad de curvas. Dio media vuelta y miró a su padre.

– Todavía falta un montón, papá, no intentes pintarlo bien. Sólo de pensarlo me vuelvo a marear.

Daniel rió un momento.

– La verdad es que todavía estás un poco pálida. No te preocupes, el resto del camino conduciré más despacio.

– Lo que no entiendo es por qué hemos venido aquí, ¿no podíamos haber ido a la playa de Bendora, como hacíamos con mamá?

Daniel apretó los labios. Hacía tiempo que Sonia había dejado de preguntar como preguntan los niños. Cada vez que tenían que hablar de Elena sentía como si tragara arena. Estaba lejos de haberse acostumbrado a su ausencia.

– ¿Es por ella? –insistió Sonia.

– Sí, es por ella –confirmó Daniel–, pero no creo que este sea un buen sitio para que hablemos sobre mamá. Cuando llegemos a Lucítera lo haremos con más calma, ¿vale?

– Yo preferiría que volviésemos, papá –confesó Sonia–, este sitio es horrible, no me gusta nada.

– Todavía no lo has visto, Sonia. Ya sé que es un viaje un poco incómodo, pero estoy seguro de que el pueblo te va a gustar.

Sonia calló. Suspiró un momento y volvió a mirar hacia la costa. Observó las empinadas laderas de piedra blanca y el mar azul intenso, muchos metros por debajo de ellos, acariciando las rocas brillantes y suaves de la orilla. Seguía añorando Bendora, la playa donde habían ido las tres últimas vacaciones, cuando su madre aún vivía, pero estaba claro que la opinión de su padre era invariable.

– Así que el pueblo se llama Lucítera... –dijo ella, pensando en alto.

– Sí –contestó Daniel–. Te encantará, ya verás.

—

Aunque la esperaban, la llegada a Lucítera les sorprendió. Tras una hora de vaivenes por los barrancos, el pueblo surgió ante ellos al final de una larga curva que rodeaba un acantilado altísimo.

– ¡Fíjate! –dijo Daniel, entusiasmado–, ¿no te parece una maravilla?

El coche continuó desplazándose por la carretera, ahora recta, en un suave descenso hasta las primeras casas. La isla Lumia se hizo también visible en el lado izquierdo, a unos trescientos metros de la orilla. La distancia les había confundido respecto al faro; era altísimo. La pared se había construido con descomunales piedras oscuras, y tenía la forma de un cilindro que se estrechaba conforme ganaba altura. En la parte superior se podía ver un lucernario amplio, con una puerta para acceder al balcón metálico. Aunque no se podía distinguir con claridad, parecía que el tiempo y el salitre habían oxidado el metal de la barandilla.

Sonia se preguntó cómo habrían subido las piedras hasta aquella altura.

– ¿Todos los faros son tan altos? –preguntó.

– No lo sé –aseguró Daniel–, no entiendo mucho de faros, pero tienes razón, este es impresionante. Fíjate en el pueblo –dijo después, dirigiendo de nuevo su mirada hacia adelante–, hay muchas casas parecidas.

Sonia miró hacia Lucítera. Era cierto; la mayor parte de las construcciones habían sido hechas con piedra clara, semejante a los acantilados que habían dejado atrás. Los tejados, en cambio, estaban hechos de algún material muy negro.

– Es bonito, pero es muy pequeño, ¿no? –preguntó Sonia, un poco desconfiada.

– Eso es lo bueno –aseguró su padre–; seguro que vamos a estar muy tranquilos.

La carretera finalmente desembocó en una placeta de la que partían tres calles estrechas. Desde la carretera habían visto que el pueblo se encontraba encajado entre las altas paredes de roca y el mar, en la única franja de terreno llano que existía. Era una superficie que ocupaba unos cien metros de ancho desde el mar hacia el interior, y unos quinientos metros de línea de costa. Al otro extremo del pueblo, por el lado opuesto al que llegaba la carretera, habían observado que el terreno volvía a ganar altura en unas laderas de pendientes suaves y menos

pedregosas, ricas en prados de hierba que se conservaba verde a pesar de que ardía el verano. Sólo una elevación destacaba en el pueblo, un cerro de unos treinta y cinco o cuarenta metros de altura, donde confluían las casas y las paredes de roca. Estaba atiborrado de pequeñas construcciones escalonadas que trazaban calles empinadas y retorcidas, y la cima estaba ocupada por una enorme construcción de piedra oscura, sin duda muy antigua, un edificio de apariencia extraña y varias plantas de altura, que no se parecía a ninguno que hubieran visto antes.

– Bienvenida a Lucítera –dijo Daniel, con el entusiasmo de un presentador de circo–. No sé tú, pero yo me muero de hambre.

---

El dueño del restaurante explicó a Daniel que en el pueblo no se permitía el tránsito de automóviles sin autorización, Las calles eran demasiado estrechas y el trazado, muy antiguo, no estaba pensado para la circulación de vehículos a motor. Pidieron el almuerzo, y mientras esperaban Daniel fue hasta la cabina telefónica y llamó a Jonás, el propietario de la casa que había alquilado. Acordaron encontrarse en la puerta del aparcamiento público hora y media después.

Comieron una ensalada y unos calamares rebozados, y de postre unos helados. Al terminar Daniel pidió un café, que fue degustando a sorbitos muy cortos. Sonia le observaba, un poco perpleja.

– No entiendo por qué a la gente le gusta tanto el café –aseguró.

– ¿Y eso?

– Pues porque con lo poco que tomas es imposible que te quite la sed, y tampoco sirve para refrescarte porque te lo tomas caliente, y encima vas tan despacio que no entiendo cómo puedes cogerle el sabor.

Daniel rió. Sonia era muy observadora.

– Bueno, está bien –dijo él–, vamos a hacer un experimento. Te lo voy a dejar probar, sólo un poco, y entonces a lo mejor lo entiendes mejor, ¿vale?

– ¿Seguro? no sé... no tiene muy buena pinta, la verdad, no creo que me guste una bebida negra.

– Eso es porque no estás acostumbrada. Créeme, el color es lo de menos.

Sonia dudó. Su padre dio varios empujoncitos a la taza de café, sonriendo.

– Vale, la probaré, pero sólo un poco.

Sonia dio la vuelta a la taza para coger el asa con la mano derecha, la llevó a los labios y sorbió un poco, tal como había hecho su padre. El líquido amargo en la garganta le provocó una mueca. Sacudió la cabeza varias veces.

– ¡Buaj, es asqueroso!

Daniel se rió con ganas.

– ¿Pero cómo puedes tomar esto? No entiendo cómo puede haber tanta gente a la que le guste una porquería así.

– Espera, espera, no digas eso. Si fuera una porquería nadie la tomaría. Bien, dime, ¿qué has notado?

En lugar de contestar, Sonia le pidió con la mano que esperase. Bebió un vaso completo de agua.

– Pues lo que he notado es un líquido... como rasposo, no sé bien cómo decirlo, como si estuviera sucio. Es malísimo.

– Vale. No es que esté sucio, ni es un líquido rasposo, lo que pasa es que es amargo, muy amargo.

– Pero le has echado azúcar...

– Ya lo sé, pero así es el café, tiene un sabor fuerte y amargo. ¿Entienes ahora por qué hay que tomarlo a sorbitos cortos?

– Desde luego, vaya si lo entiendo...

– Bueno, pues la primera vez que uno prueba un sabor un poco fuerte casi nunca le gusta, pero luego lo intentas unas cuantas veces más hasta que terminas por acostumbrarte. ¿Quieres probarlo otra vez?

– ¡Ni hablar!

– Vamos, mujer, que no es para tanto. Ahora ya sabes qué esperar, así que no te sorprenderá. Toma un sorbo pequeño y no te lo tragues. En lugar de eso, déjalo en la boca y muévelo un poco sobre la lengua, y luego lo vuelves a echar a la taza. Si quieres puedes dejar un vaso de agua preparado...

– Pero papá, eso es una una guarrada. Se supone que no deberías enseñarme a escupir la comida.

Daniel rió de nuevo.

– Claro que no, cielo, y no es que ahora te empiece a animar a que lo hagas, pero esto es una excepción. Es sólo para que veas que en realidad los que bebemos café no somos unos marcianos o algo así, sino que lo tomamos porque es muy bueno. Vamos a hacer una cosa, le voy a poner un poco más de azúcar (aunque normalmente no le debería echar más), y haces lo que te he dicho, ¿vale?

Ella no estaba demasiado segura, pero vio que toda la cara de su padre era una enorme sonrisa, una sonrisa que no veía desde la muerte de su madre. Empezó a comprender por qué había querido ir con ella al pueblo; lejos del trabajo, del colegio y del ajetreo de todos los días, era más sencillo pasar tiempo juntos. Después de todo, quizá había sido una buena idea ir a Lucitera en lugar de volver a la playa de Bendora, donde la gente conocida les hubiera impedido estar a solas. Decidió hacer de tripas corazón.

– De acuerdo, volveré a probarlo, pero sólo una vez más.

Sonia llenó de nuevo el vaso de agua y lo dejó cerca, mientras Daniel echaba media cucharada más de azúcar en el café que aún quedaba en la taza. Sonia la cogió y se la llevó de nuevo a los labios.

– Recuerda, no lo tragues; simplemente déjalo un momento sobre la lengua, saboréalo y luego lo vuelves a echar.

Sonia hizo lo que su padre le pedía. Tenía razón, el sabor había perdido aspereza. Lo paseó sobre la lengua y

pensó incluso en tragarlo, pero prefirió no hacerlo. Seguía sin gustarle, pero ya no pensaba que fuera asqueroso. Quizá, con el tiempo, llegara a acostumbrarse.

Devolver el café a la taza no fue fácil. Parte goteó de su labio, y tuvo que alcanzar una servilleta para no mancharse la barbilla. Ella y Daniel terminaron riendo.

Y hacía tiempo que no reían juntos.

---

Después de comer condujeron hasta el aparcamiento público. Sacaron el equipaje del maletero y esperaron en la entrada del estacionamiento a Jonás, el casero. A los pocos minutos vieron que por la calle se acercaba un hombre de unos sesenta años, más bien bajo y con un vientre generoso, muy poco pelo, la tez colorada y la piel morena. Traía un carro que en realidad era una plataforma de madera con dos ruedas de bicicleta. Las asas eran dos remos cortados por la mitad y clavados en la parte posterior. El hombre llegó resoplando un poco, se paró en seco y apoyó el carro en el suelo.

– Buenas tardes –dijo con voz más bien estridente– usted debe ser don Daniel, digo bien, ¿no?

– Buenas tardes, encantado. Pero llámeme Daniel, por favor. Esta es mi hija, Sonia.

– Vaya, ¡toda una señorita ya! Bueno, pues vamos yéndonos, ¿es este todo el equipaje?

– Sí, es todo esto.

Daniel observó la congestión del rostro de Jonás, y temió por el esfuerzo que tendría que hacer para trasladar el equipaje por el adoquinado.

– Oiga –dijo Daniel–, ¿está seguro de que es buena idea que cargue el equipaje usted sólo? Podemos llevarlo nosotros mismos...

– ¡De ninguna manera, no diga eso, hombre! Llevo años haciendo esto, no se me vaya preocupando, esta cara colorada que me vio no fuera de cansado, sino porque me sobrase bastante de aquí –y, mirando hacia

abajo, apoyó las palmas de las manos sobre su barriga redonda y sobresaliente. Hablaba casi a gritos, y de vez en cuando, sin motivo alguno, elevaba el tono aún más para luego bajarlo de nuevo-. Antes yo era otra cosa, ¿sabe?, salía a pescar y hacía un trabajo más duro, venía estando que daba gloria verme, pero de eso ya hace años, ahora trabajo en la lonja y el trabajo de salir a la mar se lo dejo a los mozos, que para eso van siendo más fuertes que uno, pero empujar un carrito todavía pudiera, bueno estaría. Además, han traído poco equipaje.

En el suelo, junto a ellos, había dos maletas, dos bolsos de mano y una mochila de color azul y rosa que Sonia, completamente descolocada por la cháchara del hombre, se apresuró a coger y echarse al hombro, como temiendo que en manos de aquel personaje fuera a sufrir algún percance.

- Bueno, ni poco ni mucho -dijo Daniel, mientras Jonás ya empezaba a subir las maletas al carro-, lo que necesitamos, nada más. Sólo son cuatro semanas.

- ¡Uy, no tiene usted idea! Ni se imagina la de cosas que trajese la gente para pasar aquí unos cuantos días, pareciera que estuvieran de mudanza, lo que yo le diga.

Daniel sonrió, y guiñó un ojo a su hija, que miraba al hombre desde una cierta distancia y con cara un poco desconfiada. Jonás terminó de cargar los bultos y sujetó de nuevo el carro por los remos-asas. Giró en redondo y se echó a caminar sin esperarlos.

- ¡Andando, venga! Sólo está a unos cuantos minutos de aquí.

Sonia y Daniel echaron a caminar detrás de Jonás, que sorprendentemente llevaba un paso muy alegre.

- ¿Y qué edad va teniendo entonces la señorita? - preguntó Jonás, entre bufidos.

Sonia resopló. La mirada que ofreció a su padre no ofrecía dudas sobre lo poco que le gustaba que la llamaran "señorita". Daniel sólo pudo encogerse de hombros.

- Acabo de cumplir doce -dijo Sonia con su tono

más seco. Jonás no pareció darse por enterado de la incomodidad de ella.

– ¡Doce, bendita juventud! Se lo va a pasar muy bien, señorita, ya va a ver, aquí la gente viene siendo muy amable, y hay un montón de sitios para bañarse en el mar, aunque la mayoría de los chicos suelen ir al espigón, ya va a ver.

– Estupendo –dijo ella–, pero llámeme Sonia, por favor.

Daniel tuvo que reprimir una carcajada. Por suerte Jonás caminaba unos pasos por delante de ellos y no lo notó. Su hija había utilizado la misma forma que él para pedir a Jonás que no la tratase de usted.

– De acuerdo, señorita Sonia, pues como le dijese: se lo va a pasar en grande, ya va a ver cómo al final no va a querer volverse.

“Señorita Sonia”, era el colmo. Miró a su padre con los ojos desmesuradamente abiertos. Daniel estaba a punto de estallar en carcajadas, cuando por fin llegaron hasta una puerta donde Jonás se detuvo de golpe, tal como había hecho en el aparcamiento.

– ¡Bien, aquí es! Vamos a ver, tendría la llave por aquí.

Jonás sacó del bolsillo de su chaleco una inmensa llave de hierro, pesada y cargada de años. La puerta era una doble hoja de madera con la superficie agrietada y la pintura hecha jirones. Introdujo la llave y la giró a la derecha, hasta tres veces. El mecanismo restalló en cada vuelta. Cuando empujó para abrir, las bisagras atronaron con un ronquido profundo.

– No se preocupen, le voy echando ahora un poco de aceite y quedan estupendas. La casa se usa poco, ¿saben?, y de vez en cuando hay que engrasar alguna cosa, pero va siendo muy acogedora, ya van a ver. Pasen, por favor, pasen, la señorita Sonia primero, faltaba más.

Sonia subió el pequeño escalón y entró, cada vez de peor humor. Se encontró en una habitación vacía, mucho más fresca, y casi a oscuras. Detrás de ella entró su

padre, y luego Jonás, que introdujo el equipaje.

– Pueden abrir con toda confianza, van pasando al patio, por favor, no se queden en el zaguán. Ahora están ustedes en su casa.

Sonia no se había dado cuenta de que frente a ella había otra puerta. Se abrió hacia el interior de la habitación en la que estaban, así que giró el pomo y tiró. La luz se precipitó con fuerza, casi golpeándoles. Frente a ellos apareció el patio de la casa, abierto al cielo, de unos cuatro metros de lado, con un tejado que guarecía los costados. El entramado y los pilares se habían construido en madera de tea, y las tejas eran una piel de arcilla cuarteada y maltratada por el ciclo de las estaciones, invadida por musgo y raíces trepadoras. Las habitaciones de la casa se distribuían alrededor del cuadrilátero, de forma que se podía pasear por debajo del tejado interior para acceder a cualquiera de ellas sin necesidad de atravesar el patio.

– ¡Vaya, soportales de madera! Es precioso –dijo Daniel.

Sonia memorizó la palabra *soportal*, que no conocía.

– Ya sabía yo que les iba a gustar, es una casa muy fresca, aquí no van a pasar calor, ya van a ver.

Daniel y Sonia se quedaron bajo el tejado de la entrada, mirando en redondo. Era una vivienda bastante grande. Bien vista, y comparándola con su casa de la ciudad, era enorme.

– En la agencia me dijeron que la casa estaba muy bien, pero no imaginaba que fuese de este tamaño.

– No es porque la casa sea mía, porque está feo que uno venga presumiendo de lo suyo, ¿ve lo que le digo?, pero todos los que la vieran opinaron lo mismo, verdad es.

– Desde la carretera todo parecía mucho más apretado. Pensábamos que las casas iban a ser muy pequeñas –siguió diciendo Daniel.

– ¡Qué val!, el pueblo es muy viejo, ¿sabe?, yo creo que viene estando aquí desde la época de los romanos,

por lo menos, y como siempre viene haciendo bastante calor pues los antiguos hicieron unas calles estrechas para que siempre se pudiese buscar sombra, cuando no viene dando por una acera viene dando por la otra, y por eso al mediodía no vería usted a casi nadie caminando, porque apenas se viene encontrando uno con un poco de resguardo. Lo que pasa es que luego las casas por dentro fueran cómodas y frescas, como ésta. Casi todas las casas antiguas vienen teniendo un patio, no hacen falta ventanas porque las habitaciones vienen abiertas al patio, ¿entiende? Los antiguos sabían lo que hacían.

Daniel miró a Sonia y elevó las cejas, todavía con la sonrisa en los labios. Era evidente que aquello le estaba gustando.

Ella seguía sin saber qué pensar; Jonás era indescriptible, un tipo raro como pocos, y las calles del pueblo le parecían agobiantes en comparación con las vías amplias que transitaba en la ciudad, pero tenía que reconocer que la casa, indeciblemente más fresca que el exterior, le gustaba mucho.

– Bueno –prosiguió Jonás–, les voy a enseñar esto. Por aquí, a la derecha, tendríamos dos habitaciones, esta viene teniendo una cama de matrimonio, y la siguiente tiene dos camas individuales. Luego está el baño, que es un poco viejo pero funciona bien. Para el agua caliente tienen que encender el termo, que está por fuera. Es de gas, pero justo le puse una bombona nueva así que les debería dar para todo el mes. Bueno, a menos que vayan a cocinar mucho, claro, porque la bombona también viene sirviendo para el gas de la cocina, ¿ve lo que le digo?

Sonia y Daniel caminaban detrás de Jonás mientras les iba explicando dónde estaban las estancias, los interruptores, las llaves de paso y todo lo que podía serles de utilidad. La casa se organizaba en torno al patio, que en el centro tenía una rejilla para el desagüe. Los márgenes se delimitaban por enormes macetones con plantas de milenrama, pálidas y rosáceas, y jóvenes palmeras de tallo delgado.

– La cocina no tiene ningún misterio, se abre el gas y se enciende con el encendedor o con una cerilla, ¿usted fuma?

Jonás había preguntado a Daniel de forma tan brusca que contestó titubeando, casi pidiendo perdón.

– No... la verdad es que no.

– Ah, bien, bueno, pues entonces aquí está la sala con la televisión, a veces no se viera demasiado bien, pero no se moleste en arreglar la antena porque no tiene nada que ver, es el repetidor el pueblo que viene siendo una porquería, se lo hemos dicho al alcalde mil veces, pero el Tomasino ya va chocheando y no hace caso. De todas formas aquí no tienen que perder el tiempo viendo televisión, hay que salir a la calle y pasear, y usted tuviera que bañarse en el mar, señorita Sonia, porque yo la veo muy pálida, eh.

Sonia miró a su padre con los ojos muy abiertos, sin poder creer lo que había escuchado, y sin molestarse en disimular ante Jonás su enojo. Con la mirada le preguntaba si no iba a decirle nada a aquel entrometido. Daniel hizo un breve gesto con la boca, como diciendo “déjalo correr, no pasa nada”, e inmediatamente decidió cambiar de tema. Sospechaba que si volvía a llamar “señorita” a Sonia, su hija iba a estallar y a decirle cualquier barbaridad.

– Dígame, Jonás, ¿y esta puerta dónde lleva?

Daniel señalaba a una puerta de apenas un metro y medio de alto, que se encontraba en la esquina del patio opuesta a la entrada, entre el baño y la cocina.

– A ningún sitio. Es un almacén lleno de cachivaches viejos. Algún día tendré que liarme la manta a la cabeza y vaciarlo, pero mientras tanto vengo prefiriendo que esté cerrado, si no veo lo que hay dentro no me entra la prisa por limpiarlo, ¿ve lo que le digo?

Pronunció la última frase elevando la voz, y fue patente que se había hecho gracia a sí mismo a la vista del estruendo que organizó con su risa. A carcajada limpia dio media vuelta y empezó a caminar hacia la

puerta.

Sonia aprovechó que Jonás le hubiese dado la espalda para clavar los ojos en su padre, ojos espantados, y dibujar círculos con el dedo cerca de la sien. Daniel negó con la cabeza, sonriendo.

– Bueno –prosiguió el extravagante propietario–, les dejo solos para que se coloquen. Si quieren comprar algo para la cocina más vale que se dieran prisa, porque el supermercado viene cerrando a las seis, sigan por la calle hasta el final y giran a la derecha, lo verán enseguida. ¡Ah!, y si tienen cualquier problema con la casa me pueden llamar al mismo número de teléfono; por las mañanas estoy en la lonja y es más difícil encontrarme, pero por las tardes estoy siempre por aquí cerca, ¿entienden? Bueno, pues entonces bienvenidos, y hasta más ver. Buenas tardes, don Daniel, y a usted también, señorita Sonia.

Jonás dio media vuelta, salió de la casa y cerró de un portazo, sin esperar a que se despidieran. Sonia miró a su padre que, ahora sí, por fin había empezado a reírse abiertamente.

– ¿De qué te ríes? ¡Está como una cabra!

Daniel no podía contenerse.

– Pues a mí no me hace gracia. Claro, a ti te llama “don Daniel”, pero a mí me llama “señorita Sonia”. ¿Y por qué habla tan raro?

Entre carcajada y carcajada Daniel empezó a imitar al esperpéntico propietario de la casa–. Yo no hablo raro, señorita Sonia, lo que pasa es que vengo teniendo una forma de decir las cosas que usted no entendería.

Sonia cruzó los brazos. Odiaba que la trataran como si fuese una niña.

– Déjate de chorradas, papá, a mí no me hace gracia. Además, cuando te pones así me recuerdas a los tíos de mi clase.

– Vale, vale –dijo él, todavía riendo–. Anda, vamos, coloquemos el equipaje.

---

Tras instalarse salieron a curiosear. Echaron el cerrojo y comenzaron a caminar hacia el centro del pueblo. Fueron despacio, intentando orientarse en el laberinto de calles, todas parecidas entre sí. Finalmente optaron por la dirección del mar, aunque llegar resultó más difícil de lo que parecía. A veces creían estar a punto de alcanzar la avenida marítima cuando se les interponía una casa que les forzaba a tomar la derecha o la izquierda, y a veces la calle resultaba no tener salida y debían retroceder. Encontraron, no obstante, el paseo de la costa, y por él llegaron sin dificultad hasta la plaza principal. Era grande y rectangular, con el centro moteado de árboles. En el costado largo destacaba el ayuntamiento sobre el resto de edificios, todos particulares, muy viejos, y contruidos con la misma piedra pálida de la costa. En uno de los márgenes cortos sobresalían un restaurante y una iglesia antigua, y en el extremo opuesto abría sus puertas un segundo restaurante. El lado contrario al ayuntamiento estaba abierto a una barandilla que marcaba el límite con las rocas y el mar.

– Mira –dijo Daniel nada más desembocar en la plaza–, esa barandilla está llena de gente de tu edad. Seguro que terminas conociendo a alguien.

Sonia miró hacia donde señalaba su padre. Vio que había varios grupos de chicos y chicas. Algunos podían ser más o menos de su edad, pero no estaba tan segura como su padre de que acabara conociendo a alguno. No se tenía por una persona especialmente sociable.

Frente a la plaza, en un extremo de la barandilla, un espigón de unos sesenta metros penetraba en el mar. Desde él varios chicos en bañador se lanzaban al agua. Debía ser el espigón del que les había hablado – a su modo – Jonás.

Sonia y Daniel caminaron un poco por la plaza, y después se introdujeron por una de las calles laterales, donde todavía había tiendas abiertas.

– Vaya, ¡berlinas de chocolate! –dijo Daniel, plantado frente al escaparate de una dulcería-. Y parecen recién hechas, ¿quieres una? –preguntó, con el entusiasmo de un niño de diez años.

– No, pero si compras una la probaré, tienen buena pinta.

– Vale, espera, ahora salgo.

Su padre entró en la dulcería. Ella se entretuvo en mirar el escaparate de la tienda que había enfrente, abarrotado de objetos. Paseó la vista sobre relojes antiguos, plumas estilográficas, muñecas de porcelana, libros viejos y muy gastados, varios cochecitos de juguete, una caja de música.

Y entonces la vio.

Su padre salió de la dulcería masticando a dos carrillos.

– ¡Mmm! Odavía ehtá galiende, ¿guieresumpoco?

Sonia dio la vuelta y miró directamente a los ojos de su padre.

– Papá, ya sé el regalo que quiero por mi cumpleaños.

– ¿Gué?

– Mi cumpleaños; como estas semanas estabas ocupado terminando las cosas del trabajo no hemos podido celebrar mi cumpleaños, y habíamos acordado que lo celebraríamos aquí, ¿te acuerdas?

– Mmmmjí, glaroguemagüerdo...

– ¿Y recuerdas que me dijiste que podría elegir un regalo cuando estuviéramos instalados?

– Jí, dambién macuerdo... Mmm, vaya la berlina está buenísima, ¿de verdad que no quieres un poco?

– Ahora, dentro de un momento, pero primero escúchame un segundo: ya sé lo que quiero que me regales.

– ¿Ah, sí? Bueno, dependerá de lo que sea, claro, ¿qué has elegido?

Sonia dibujó una sonrisa grande como su cara, giró de nuevo para ponerse frente al escaparate, y señaló con

el dedo.

– A ella.

Daniel miró el objeto y experimentó un segundo de extrañeza, pero enseguida comprendió y sonrió. Miró a su hija y vio la ilusión corriendo por su cara.

– ¿Sabes usarla?

– No, pero tú sí. Puedes enseñarme.

Daniel sonrió aún más y volvió a mirar al escaparate. Claro que podía, por supuesto que podía. Era perfecto.

– Es muy bella –dijo él–, entremos a comprarla.